

Pròleg

La definición del ensayo suele pasar por la subjetividad del enfoque, el carácter asistemático del tratamiento dado al tema seleccionado y una estructura flexible, que favorece la imprescindible voluntad de estilo del autor. Estos rasgos prestigian la tradición de un género cultivado por figuras señeras de las letras, pero paradójicamente serían impropicios en cualquier informe académico, sobre todo si el objetivo del redactor es la obtención de una beca o la aprobación de un proyecto de investigación.

La hegemonía de lo «científico», a veces como coartada carente de argumentos veraces, se ha extendido al campo de las humanidades, donde pocos autores se atreven a reivindicar la libertad de escribir desde la subjetividad y sin pretender una exhaustividad en el tratamiento del tema que conduzca a unas conclusiones. Las alarmas de cualquier agencia de evaluación de la actividad científica saltarían ante un informe basado en los citados rasgos, que definen los textos ensayísticos de Montaigne u Ortega y Gasset, pero ahora serían un anatema para un profesor de humanidades con pretensiones de investigador.

Las apariencias engañan, aunque la frase sea un lugar común digno de una conversación en el ascensor. A estas alturas, la descalificación global del espíritu científico en las humanidades sería un absurdo o una provocación. Conviene evitarla para preservar nuestra salud mental, pero esa misma consideración sería procedente para definir el

abandono en el ámbito académico de un género, el ensayo, cuya tradición alumbró nuestra cultura con referencias inexcusables.

Los prejuicios ante los usos tradicionales, la rigidez metodológica y las modas amparadas en lo políticamente correcto limitan la diversidad que debería caracterizar el trabajo de reflexión y crítica en nuestras universidades. La libertad de pensamiento se resiente cuando, sin argumentación, alguien amparado en el anonimato de lo colectivo restringe las opciones genéricas y metodológicas, así como la gama de los posibles tratamientos de los temas.

La reivindicación del ensayo humanístico en su sentido tradicional puede ir contra corriente en estos tiempos de una escritura reglada y tendente al anonimato. La iniciativa tal vez esté condenada a lo minoritario, a pesar de su justificación en una modernidad tan necesitada de la «alta divulgación». Apenas importa porque, desde el ámbito universitario de un servicio de publicaciones, merece la pena lanzarla para acoger los escritos de quienes consideran oportuno cultivar un género cuya tradición es su mejor aval.

El ensayo es una invitación a la reflexión compartida con el lector. El compromiso para iniciar este peculiar diálogo no requiere el rigor del científico o el investigador, sino la seriedad de quien observa, analiza y valora una realidad que le afecta como partícipe de una colectividad. Y lo hace, además, desde el conocimiento y la competencia, que no cabe confundir con la titulación porque solo es el fruto de una prolongada dedicación al tema abordado.

El diálogo del ensayo huye de la verborrea impresionista de las tertulias o las apresuradas síntesis de las redes sociales y adquiere sentido cuando se aborda desde estos parámetros. Aunque las conclusiones no queden garantizadas o solo sean unas respuestas que alientan nuevas preguntas, el autor y el lector del ensayo aprenden a observar y reflexionar, que en definitiva es la única garantía exigible a un escrito de estas características.

El presente ensayo de Juli Martínez responde a la voluntad de reflexión personal e invitación al diálogo sobre un tema que, de una u

otra manera, afecta a la totalidad de quienes vivimos en ámbitos geográficos donde coexisten distintas lenguas. La claridad y el atractivo de sus planteamientos suponen un acicate para interesarse por aquello que nos rodea como hablantes y, a menudo, lo ignoramos o lo dejamos en manos de los especialistas. En cualquier caso, si procedemos así es posible que cometamos un «error común», uno de aquellos que intentara combatir el padre Feijoo con sus luces dieciochescas.

Juli Martínez observa el inestable presente de nuestras lenguas en contacto, no escribe precisamente desde el retiro de una celda y renuncia a este u otros apostolados un tanto anacrónicos, pero nunca a un implícito diálogo, que solo es fructífero cuando media una observación previa y, sobre todo, una voluntad de estilo para hacerla accesible y atractiva al lector.

La propuesta del presente libro, que inicia la colección Assaig, nos conduce al objetivo de compartir una observación de lo inmediato, la relación entre las lenguas que hablamos o escuchamos, pero que a menudo pasa desapercibido para quienes solo leen los trabajos de su especialidad. A diferencia de las monografías, el ensayo no propicia la aparición de especialistas, pero contribuye a que seamos cultos y conscientes de nuestra realidad. Merece la pena recrearse en la lectura de un género con semejantes posibilidades y hacerlo de la mano de Juli Martínez.

Juan A. Ríos Carratalá